



25 CENTS.

BARCELONA, 14 ABRIL 1900

NÚM. 49

Ayuntamiento de Madrid



No hay que decir que la fiesta nacional, la fiesta española por excelencia, es la corrida de toros. Podremos perder todas nuestras colonias; podrá esta tierra infortunada en que nacimos ser despedazada por desalmados conquistadores; podrá la lengua de Cervantes desaparecer entre las lenguas vivas; pero mientras haya toros y haya hombres capaces de lidiarlos, tales bregas recordarán siempre nuestra popular fiesta y el nombre de España.

Me río yo de sus impugnadores. No hace muchos años, se puso de moda hablar mal de toros; y con tal propósito se sacaban á relucir argumentos que á primera vista deslumbraban, pero, vistos más de pacio, resultaban ser más que de relumbrón. Se hablaba de salvajismo, y se le contraponía la civilización moderna. Se ponderaba la protección á los animales, y se condonaban dichos protectores hasta las lágrimas pensando en el destripamiento de caballos y en la muerte paulatina y cruenta de las reses bravas. Mas, sin duda, se olvidaban esas almas compasivas de las muchas diversiones bárbaras que se usan en otros países y aun en el nuestro, sin que tiemble el mundo y se caigan las estrellas. Y es que nuestra fiesta nacional, con todos sus deplorables excesos, es una fiesta hermosísima, en la que, si abunda la fuerza bruta, no escasean el valor, el arte, la destreza, la gallardía, el entusiasmo.

Sólo por ver el mujerío había que establecer corrida de toros á diario. Las mozas más bravas, las de palmitos más garbosos, aquellas en que el alma es tan grande como bella es su cara, no dejan de concurrir á tan magna fiesta. Y lucen para ella sus ropas más vistosas; y forman con los múltiples colores de sus trajes, diseminados por todos los asientos de la plaza, un cuadro indescriptible. Y luego ¿dónde me dejan ustedes sus rostros sonrosados, dónde resplandece el sol de la alegría! Ellas parecen estar allí, no sólo como espectadores, si como la más genuina y triunfante representación de nuestra tierra, sino tambien como distribuidoras de laureles á los campeones. ¡Oh, debe ser muy delicioso para un torero oír el aplauso de unas manos menuditas, ó escuchar elogios de unos labios femeninos, ó verse premiado con la sonrisa de una hermosa, que le alienta en sus bizarrias y en sus riesgos contra la colmenar, ha fieras!; mientras scamos españoles, hay que ir á las corridas de toros. Hay que ir á ver salir las cuadrillas, y dar el paseo por el ruedo en gallarda formación. Hay que ir para presenciar como se burla á un toro con un simple pueril, hábilmente manueado. Hay que ir para contemplar la potencia muscular del brazo de los picadores que con la púa detienen al monumental bicho. Hay que ir para admirar la agilidad de los banderilleros, que sin otra defensa que los pies, á cuerpo descubierto se llegan al terrible testuz, y clavan en el morrillo agudos rehiletes. Hay que ir para ver enloquecer de delirio cuando el matador, armado de un trapo y de un estoque, deja á sus pies, exánime á un animal que momentos antes parecía comerse al mundo.

Las fiestas del teatro son más dulces, hablan más al espíritu, á la inteligencia, al corazón. Necesítase para sacar algún provecho de ellas su poquito de recogimiento. No es profanación; pero tiene el teatro algo del templo, ó, por lo menos, debía tenerlo. En uno y otro el alma requiere suministros durante un momento. Pero, cuando decia una expansión, estruendo, locura, cuando la savia nos desborda del cuerpo, y pedimos empleo á nuestras inclinaciones por lo exaltado, febril y alegre, nada hay como las corridas de toros, llenas de peripecias sensacionales, con las marejadas de las multitudes, con el vocerío de las calles, con el sol derramando sobre el circo su ardiente lluvia dorada.

JULIO ESQUIVEL

Ayuntamiento de Madrid



I

La industria carpintera de Alahazar había revestido la mitad inferior de las fachadas que limitan el trapezoide de la plaza Mayor con un armazón de tablones y traviesas de pino, soporte de un tendido de la misma materia; y, unos enjaulados voluntariamente, otros apifados en el plano inclinado, los más felices empaquetados en los balcones y ventanas, y los menos dichosos de bruces en los tejados de las casas, presenciaban los alahazareños la gran corrida de vacas y novillos con que solemnizaba el pueblo el día de su santo patrono.

En el balcón central del Ayuntamiento estaba el alcalde, asesorado por el juez de instrucción, el capitán de la guardia civil, el cura párroco y el cacique del distrito. El cura tomaba en serio la corrida y quería llevarlo todo á punta de lanza: empezó por opinar que debía meterse en la cárcel á los que se colocaban bajo las escaleras del tendido para ver las pantorrillas de las mujeres que subían; quiso, luego, que se multase á la empresa por haber soltado á la plaza un buey, y eso que el cornúpeto embestia con más empuje del que era de esperar en una res de su triste condición; por último, como participaba de las ideas erróneas que los alahazareños tenían del arte taurino, pretendió que se amonestara severamente al *Pitrafas* por haberse atrevido á torear con verónicas á una vaca algo avanta. El capitán y el juez propendían á la benevolencia, sonriendo con superioridad y escepticismo en lances de toro; el cacique decía la última palabra, de acuerdo casi siempre con las autoridades judicial y militar, y el alcalde ejecutaba la voluntad del cacique.

Entretanto, rugía el enjaulado populacho, otorgando á los lidiadores, sin criterio fijo, insultos y alabanzas, aplausos y silbidos. No podían tolerar los alahazareños suerte alguna encaminada á parar los pies á una res, y pronto se convenía de ello el desventurado que lo intentaba: el público, en masa, comenzaba á vociferar:

—¡No la capees, goloso!

Formaban la cuadrilla un matador y cuatro peones, todos ellos vestidos con ternos raídos y mugrientos, adornados con alamares de color de ala de mosca. Parecía que estaban de luto por la muerte de una persona querida: el verde, el corinto y el morado de sus taleguillas, resultaba tristísimo; algunos se dejaban asomar un pliegue de la camisa por el borde de la casaquilla, rebasando la mal ceñida faja.

El *Pitrafas*, jefe sin prestigio de aquella indisciplinada gente, era un carnicero de Murcia, alto y desmadejado, pero bastante atrevido: el juez opinó que tenía mucha vergüenza (no se sabe en que lo conocería) y el capitán de la guardia civil, que estaba muy guapo, imposible á que asintieron todos los que formaban la presidencia.

II

Salió, en quinto lugar, un novillo de tres hierbas, muy avispado y corretón, berrendo en castaño, de bonita lámina y bien puesto de pitones. Era el segundo bicho de muerte y, en defecto de picadores, había que castigarlo con banderillas de fuego, ignominiosa conducta que el animalito no merecía.

El torete se arrancaba desde largo á los lidiadores, que huían despavoridos, arrojando los pali-troques.

De pronto, uno de los chicos que corría despavorido, con toda la velocidad compatible con su pesado abdomen, sus piernas torcidas y el peso de cincuenta años de edad, tropezó en su viaje con el *Pittrafas* y le prendió el par en la región glútea.

Empezó el infeliz diestro á dar gritos, á tiempo en que se inflamaba la pólvora de las banderillas, y cuando acudía, con ambas manos á arrancárselas, le alcanzó la res y allí fué por los aires el maestro soltando secas y horripilantes detonaciones.

Suerte fué que el novillo, asustado de aquel bulto que detonaba, soltando chorros de fuego, no trató

de recogerlo y se fué al extremo opuesto de la plaza, sin que nadie se lo llevase con un capotazo de alivio. Tostado y trinchado llevaron al *Pittrafas* á la botica, para practicarle la primera cura, quedando su gente consternada y sola.

Ninguno de ellos tenía ni las más remotas intenciones de sustituirlo en la suerte suprema de la lidia; pero, ¡oh, inesperada solución! Arjona, el primer galán de la compañía que actuaba en el pueblo, cómico que, si no emulaba las glorias del actor que hizo célebre el mismo apellido, aspiraba, mal aconsejado por los vapores alcohólicos, á dejar á los Arjonas del toreo á la altura de sus zapatos, pidió permiso para matar al novillo.

Otorgada la venia, desplegó el galán la muleta ante los ojos del bicho, y embistió éste, llevándose el trapo rojo enganchado en los cuernos.

Era de ver el cómico en medio de la plaza, asombrado por aquel imprevisto desarme, con la cabeza erguida, el brazo izquierdo

extendido trágicamente y el brillante acero en la diestra: creíase que iban á salir de sus labios aquellos versos de *En el seno de la muerte*:

«Quien se acerque á los dos, bueno es que mire
que á mi espada y á mí también se acerca.»

Pero ni á él ni al novillo se acercaba nadie: lo ocurrido al *Pittrafas* hacía pensar en el sentido de los anteriores versos, y los lidiadores eran ya como las llamas que repele la facultad eléctrica de las puntas.

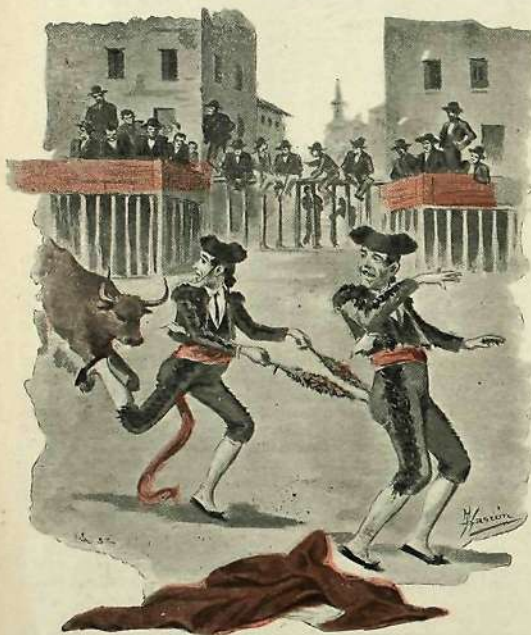
Por fin, Arjona, se fué hacia la res y, tirándose á fondo, le dió tan tremendo golletazo, que, á poco, caía el novillo patas arriba, echando la sangre á borbotones por los morros.

La ovación fué delirante; jamás tuvo una parecida en el teatro: palmas, cigarros, prendas de vestir, botas de vino, de todo recogió Arjona.

Fuó paseado en triunfo por el público, que estaba ébrio de entusiasmo y de Valdepeñas, y cortó la oreja de su víctima, tomando en aquel cartílago posesión simbólica de la res.

Así pudo el primer galán de una compañía de la legua conseguir, sin ensayos ni apuntadores, el mayor triunfo de su vida. Y lo que el dijo:

—No es lo mismo matar comendadores de tres pesetas que toros de puntas.



Desgraciadamente, aquel triunfo fué para Arjona causa de los más sensibles quebrantos en su futura suerte. En la creencia de que podía emular á los más afamados diestros renunció al arte de Talía para consagrarse al de Pepe-Hillo, y resultó un maleta del redondel, mucho más execrable que cuando se limitaba á ser un maleta de las tablas. Si en el teatro parecía y era un matador, en el redondel era y parecía un cómico, sobre todo cuando era objeto de algún conato de varetazo. Había entonces que llevarle á toda prisa á la enfermería, mientras exhalaba los más dolorosos gemidos, resultando, al fin, que no había experimentado lesión alguna, ni siquiera en el pellejo.

El recuerdo de su triunfo en Alahazar le perseguía sin embargo, cuando, convencido de que no le llamaba Dios por aquel camino, decidía cortarse la coleta, y de nuevo se aventuraba á probar fortuna, si bien siempre con vacas, novillos y embolados.

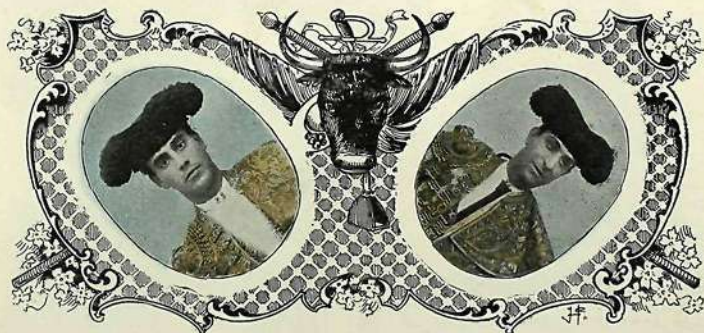
En lo que no tenía igual, á decir verdad, era en mentir *exitazos* y referir historias. Afirmaba que era sobrino carnal de Francisco Arjona (*Cúchares*) y que en la Habana había despachado ocho toros en una sola tarde, llevándose las ocho orejas. Con todo, alguna vez alcanzaba ruidoso triunfo y era cuando se le contrataba para matar en Villabrutina ó Salvajabonda; allí podía lucir sus incomparables dotes en el degüello y su habilidad en clavar banderillas de fuego en los cuartos traseros de los becerros ó novillos, hasta que un día, como se acercara á descabellar una ternera, ésta, para vengar, sin duda, los manes de *Cúchares* y de Joaquín Arjona, le metió un asta por el ojo derecho, dejándole privado de este órgano.

El infeliz héroe de Alahazar tuvo que renunciar á la tauromaquia y volver al teatro, representando desde entonces á las mil maravillas los

papeles de torero afitio.

(Dibujos de Gascón)

NICOLÁS DE LEYVA



ENRIQUE VARGAS «MINUTO»—FÉLIX VELASCO



Ayuntamiento de Madrid



LOS TOREROS DE OGAÑO

Como nada resiste al veleidoso capricho de la moda, los toreros no han podido sustraerse á la influencia de esa inconstante deidad, y gustosos á ella se someten desterrando de su indumentaria clásica aquellas prendas que pudieran resultar anacrónicas en el concierto de los modernos usos y costumbres imperantes en

esta tierra de pan y toros. Hé ahí por qué, al típico sombrero *calañés*, el *marsellés*, la faja de seda de abigarrados colores, el pantalón estrecho y entallado y el grueso calabrote de plata ú oro, sustituyeron el *cordobés*, de amplias alas, la chaqueta corta, adornada con negros alamares, el pantalón de tallo, abotinado, y la elegante leontina. Ese es el traje que usan todavía el famoso *Guerrita*, ya retirado de las taurinas lides, y, en general, cuantos proceden de la «histórica ciudad de los califas.»

Luis Mazzantini, el matador que arrebató á los públicos por su escultural manera de *perfilarse* con los toros en el momento supremo; Antonio Fuentes, el torero estético por excelencia; *Algabeño*, célebre por el arte con que ejecuta la suerte del *volapié*; *Bombita*, el del toro alegre y la eterna sonrisa dibujada en los labios, y otros de menos categoría, visten á diario el hongo en sus distintas formas, desde el vulgar *semi esférico*, hasta el flexible y afeminado *Frégoli*; la americana, el pantalón *montgolfier*; y, á veces, reemplazan la airosa capa; de laberínticos y exuberantes bordados, netamente española, por el ridículo *mackferland*, ó el extravagante *smoking*.

A tal punto han llevado el refinamiento en sus costumbres algunos diestros, que no es extraño ver un picador, como *Badita*, dejar la puya para ejecutar al piano un vals de Schubert ó pasar de la plaza de toros al escenario de un teatro. ¿Qué más? Mazzantini viste, en ocasiones solemnes, el *frac* y el sombrero de copa, con la distinción y elegancia de un *sportman*.

Muchos, no todos, suprimen la *coleta*, que sólo usan cuando toread; y otros, la ocultan cuidadosamente bajo el sombrero, como si les avergonzara ostentar ese distintivo que acredita su profesión.

Claro es que muchas de las innovaciones por los toreros introducidas en sus costumbres obedecen á la necesidad que sienten de adaptarse al medio en que viven.

A las antiguas etapas en ventas y mesones, ha sustituido el *confort* del hospedaje en el hotel moderno ó la modesta «casa para

viajeros»; así como al pintoresco, cuanto incómodo y pesado viaje en galea y diligencia, ha sucedido el no menos expuesto, pero más práctico, en ferrocarril.



También han experimentado honda modificación las costumbres del torero en lo que podemos llamar su vida privada, merced á las perentorias exigencias de las necesidades individuales y á la constante metamorfosis de las relaciones sociales; al colmado, como centro de reunión, se ha impuesto el café; hoy existen pocos ejemplares del *diestro* derrochador, *juerguista*, pendenciero y atronado, viéndose, en cambio, algunos que, relativamente morigerados, logran crear sendos capitales que tanto á ellos como á sus familias los pongan á cubierto de cualquiera desgraciada contingencia, á que tan expuestos se hallan los que viven en perpetua lucha con las fieras.

Mucho se discute en la actualidad sobre las exigencias de ciertos matadores, comparando lo que antaño cobraban las primeras figuras del torero con los crecidos estipendios que las de hoy perciben. Ni aquellos tiempos son éstos, ni el argumento es bastante sólido para sentar en él una opinión concreta y autorizada. Después de todo, el público es el que paga los *vidrios rotos* y las localidades al precio que por ellas le piden, y él es el llamado á resolver



ANTONIO SÁNCHEZ «EL TATO».—ANTONIO CARMENA «GORDITO»
VALENTÍN MARTÍN

el problema, obligando á los *diestros* para que trabajen con arreglo á lo que cobran y negando sus favores al *torero de industria*, del que también abundan ejemplares.

Y ahora, la última observación para terminar: puede asegurarse que el torero *externo* ha desaparecido; pero el *interno*, permanece. El de ogaño, como el de antaño, es noble, generoso, franco, abnegado y valiente; vista como quiera, viva como pueda, ha sido, es y será siempre español neto, de pura sangre; idólatra de la tierra donde nació y amante de su prójimo, como el que más, dispuesto á todas horas para jugarse la vida por socorrer una desgracia.

Ese es el torero de siempre, y ese... ¡ese no cambiará jamás!

LUIS FALCATO
(D. *Hermógenes*)

La influencia que el torero ha ejercido en la literatura española es sumamente considerable, manifestándose en la crudición, la poesía, el periodismo y el teatro. No pocos romances de Quevedo y otros ingenios del tiempo de los Austrias, sobre toros versan; por clásicas



pueden reputarse las famosas quintillas *Fiesta de toros en Madrid* y la *Oda á Pedro Romero*, de don Nicolás Fernández de Moratín, y en nuestros días se ha creado un verdadero género con las revistas de toros, en que tantos quintales de sal han derrochado Santa Coloma, el Tío Carando, Sentimientos, Sobaquillo, D. Modesto, Don Hermógenes, el Barquero y otros renombrados escritores, cuyos artículos deleitan aun al que no es aficionado á las taurinas lides.

En el terreno de la erudición se cuentan autores como G. de Bedoya, autor de *Páginas notables de la lidia*; Neira, que lo es del *Diccionario del toreo*; el distinguido literato sevillano D. José Velázquez y Sánchez, que elevó con sus

Anales un verdadero monumento al espectáculo nacional, y otros muchos especialistas de cuyas obras podría formarse una interesante bibliografía, sin olvidar al famoso Montes, autor del *Arte de torear*.

En el teatro ha sido tan enorme la influencia del toreo, que ha llegado á constituir una verdadera plaga, pues si resultan ingeniosas y agradabilísimas zarzuelas *En las astas del toro*, y como una docena más, son insoportables las piececillas fabricadas por los abastecedores ordinarios del género chico. Pero no sólo han acudido á los toreros los zarzueleros de menor cuantía, sino aun los grandes maestros, como Bizet, en su *Carmen*, el señor Blasco (D. Eusebio), en su *Juan Leon*, Dicenta y Paso

JOSÉ DEL CAMPO «CARA-ANCHA».—RAFAEL MOLINA «LAGAR TITO».—SALVADOR SÁNCHEZ «FRASCUELO».—RAFAEL GUERRA «GUERRITA».—MANUEL GARCÍA «ESPARTACO»

en la Cortijera, y recientemente el Sr. Oliver.

También ha dado origen el torero á una prensa propia, aparte del espacio que se le consagra en los diarios, siendo digno de recordación el patriarca de esos órganos taurinos el famoso *Enano*.

Constituyendo la tauromaquia uno de los espectáculos más esencialmente pintorescos, desde sus primeros y más remotos antecedentes, hasta la terminación total de

una corrida, con todas sus consecuencias, y aun la vida normal de cuantos al torero se dedican y con los toreros se relacionan, no podía el arte dejar de explotar el inagotable filón que representa una lidia, tan llena de lances de toda suerte, desde el más cómico al más dramático.

A millares se han pintado cuadros, trazado dibujos y modelado esculturas de *tientas*, *apartados*, *encierros*, *corridos*, *juérgas*, etc., con su aditamento de sorpresas, tumbos, grotescos ó graciosos lances, etc., pero también han obedecido al pincel de nuestros pintores y el cincel de nuestros estatuarios á impresiones de

muy distinta índole; nada más hermoso en este concepto que *La Salve antes de la corrida*, del ilustre gaditano D. Salvador Viniegra, verdadera joya del arte por su sentimiento y la belleza de la ejecución; de igual manera que produjo honda sensación el famoso *Torero moribundo*, del escultor Novas; renovación audaz de un tema que trataba la antigüedad refiriéndole á los gladiadores. Ambas obras pueden clasificarse entre las mejores en su género, sin contar las graciosas escenas de Mérida (*Se agüa la fiesta*) y las sin fin ni cuento de nuestros costumbristas taurómacos.—MIGUEL MAULEON



NICANOR VILLA «VILLITA»

JOSÉ GARCÍA «ALGABERO». — LESAC. — ANTONIO GUERRERO «GUERRERITO»



Ayuntamiento de Madrid

LOS TOREROS DE ANTAÑO.



MONTES

El origen del toro se pierde en la noche de los tiempos, ó, precisando más, en las edades prehistóricas, de manera que no hay diversión más antigua. La humanidad comenzó siendo torera, extendiendo el concepto á las otras en general.

Dado por incierto, ó por mentiroso, que el Cid torrase en el castillo famoso que al rey moro adivinaba el miedo, resulta, sin embargo, que el toro en regla debe de ser muy antiguo, pues consta que en tiempos de D. Enrique IV y de D. Juan II había llegado á un alto grado de progreso. Bajo la casa de Austria fué la fiesta cortesana por excelencia, y Cervantes y Lope de Vega hablan repetidas veces de ella con encomio. El advenimiento de los Borbones, que como franceses no sentían el toro, hizo que éste dejara de ser espectáculo de cosa de gente noble para convertirse en espectáculo popular, con lo cual nada se perdió, y en lugar de registrarse títulos de condes y marqueses, comienzan á sonar los nombres de matadores plebeyos como Juan y Pedro Palomo, Bellón (*el Africano*), Martíncho, Francisco Romero y Cortillares, hasta que, al finalizar el siglo XVII, llega el espectáculo taurino á su más alto esplendor, combatido por Jovellanos y defendido por Goya y los Románticos. Lidiaban, al comenzar el presente siglo, los Romeros (Pedro, José y Antonio), el gran José Delgado (*Pepe-Elito*), Eandino, Herrera Rodríguez, (*Curro Guillón*), Ullón, (*Tragabuecas*), Antonio Ruiz (*el Somberrero*), y al llegar el año 1830 se funda, de Real Orden, la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, resplandeciendo, luego en los años del toro, hasta promediar la presente centuria, los nombres ilustres de Francisco González, (*Panchón*), el Morenillo, Juan León, Manuel Parra, Regares, Manuel Blanco, el insigne Montes (*Papaflo*), Pérez de Guzmán, Juan José el Barbero, Juan Martín, Barragán, Cóchares, el Chiclanero y tantos otros, dignos antecesores de los *Enes* actuales, Izagardí y Guerrita.

ROMERO

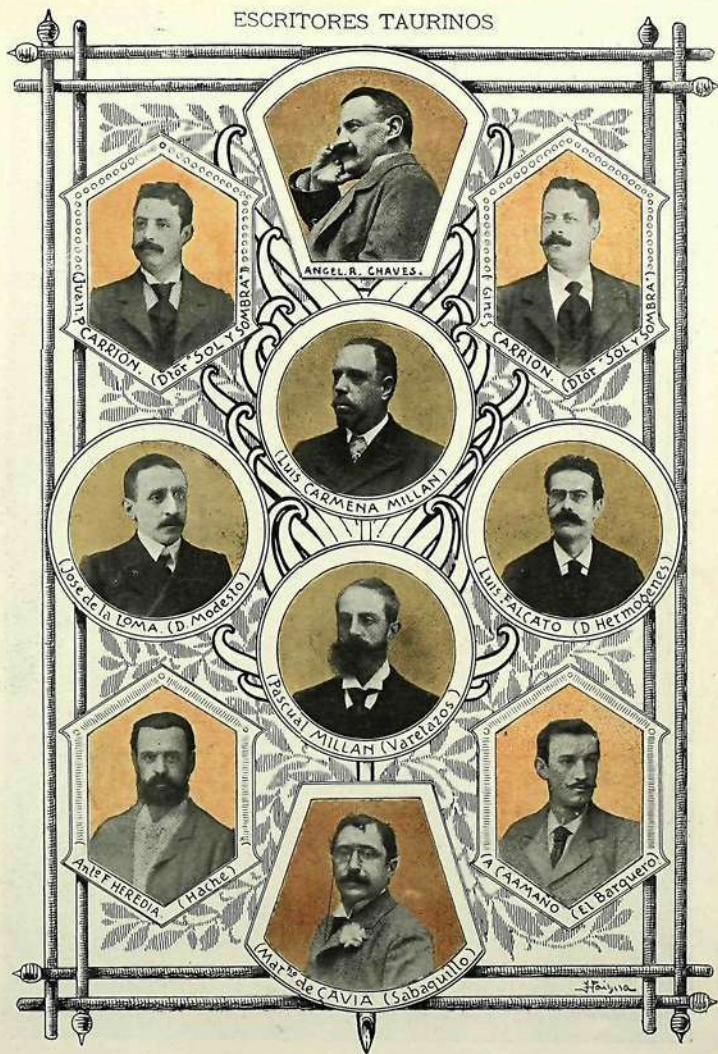
DOMÍNGUEZ

CÓCHARES

CHICLANERO

PEPE-ILLO

ESCRITORES TAURINOS



Ayuntamiento de Madrid



EN LA PLAZA

Ayuntamiento de Madrid

ofici
En e
tom
enon
do n
flas
desi
Yo n
que
por
gue
esta



La zuerte zúprema

En los colmados, en las tabernas, en los bodegones, en los cafés cantantes, en la plaza de toros, en todos los sitios de Sevilla en que hu-

biera alegría, se encontraba el tío Muletás. Era un tipo popular. Vestía chaquetilla corta, pantalón ceñido. Se le buscaba por su conversación, salpicada de chistes.

Entendía de toros como un maestro. El mismo, en sus mocedades, había sido torero. Rayaba ya con los cincuenta años; pero, fuera del pelo gris que delataba en sus sienes su edad avanzada; fuera de las muletas con que se servía para andar, por cierto no de un modo muy garboso; fuera de los temblores que agitaban su descarnada mano, cuando alzaba una copa, en su espíritu, en sus ojos, en sus palabras había todavía bríos que recordaban una juventud vigorosa, y patentizaban aun su temperamento bien templado.

¿Su historia? Era conocidísima, se la había contado á todo el mundo; se la refería á todo el que quisiera saberla.

—Yo no he sido siempre cojo,—decía, en su charla andaluza.—Yo he tenido toas mis cosas cabales. Y si voy á hablar sin repulgos, digo que decían, y así era la verdad, que como Antoñito Peralte (pues entonces no me llamaban, como ahora, el tío Muletás), había pocos mozos que rondaran mujeres y lidiaran toros. En entrambas artes era yo muy ducho. Y esa ha sido mi desgracia. Por la boca muere el pez; y yo fui arruinado por mi mucho corazón, que no me cabía en el pecho.

Es el caso que, como me tiraron desde muy niño las mujeres y los toros, yo no podía pasar sin unos ni otras. Los toros eran la fama, el poderío, el dinero. Las mujeres, eran el amor, la felicidad, el cielo bendito. Y yo me decía que un hombre que gozara de esas dos preeminencias no tenía náa que desear en este mundo, sino morirse de viejo.

•Pues, como estoy relatando, me eché una novia y me hice torero. Toos los pronósticos que los del oficio hacían sobre mis facultades, estaban conformes en asegurar que yo me traía mucha buena maera. En efeto, yo no me parecía á ninguno de esos titiriteros que no saben hacer con los toros más que pantomimas.

•Serenó, aplomao, conoecedor de lo que cada zuerte y cada biecho necesita, mis comienzos fueron para enorgullecer á cualquiera. Aunque sentía hondas ansias de aplausos, yo no me precipitaba, aprendiendo más cada día, resucitando el toreo clásico, ganando terreno paso á paso, sin influencias, ni artimañas de ningún género.

•Afirmito, sin vaniá, que estaba contento de mí mismo. Pero ¿qué es un hombre sin hembra? Es el desierto infinito, sin flores, sin sombras, sin frescuras. ¿A quién llevar las coronas que me arrojarán? Yo no tenía madre, ni hermanas. Estaba sin faldas á mí lao. Me asemejaba al ciprés del cementerio, que siempre está solo.

•Me eché, pues, de cabeza en el amor, enamorándome de una muchacha con toas mis fuerzas corporales.

•¡Ay! ¡Me dan ganas de llorar! ¡Qué lejos está too lo que voy refiriendo! Parece mentira que se lleve á viejo, y á tener canas en el morrillo, y á dar una despedida zuprema á toas las dulzuras de esta vida.

«¡Ay, ay, ay! Me enamoré locamente de Paulina. ¿Quién era Paulina? Era la cigarrera más arrebatadora de Triana. ¡Vaya una gitanilla!

«Morena, alta, airosa, muy echá p' alante; cuando miraba, derretía; cuando hablaba, producía el vértigo; cuando iba andando, meneando á compás el cuerpo, se caía uno al suelo, desmayao.

«¡Olé, la niña preciosa!

«Sus ojos, que eran negros como la última noche de un condenado á muerte, no eran como son los ojos de too el mundo; esto es, un poco de agua encerrá en un cristal. Eran una cosa imposible de puntualizar. Eran dos seres que vivían por sí solos.

«Hablaban, reían, suspiraban, decían que sí y que no, sin necesidad de la cara ni del cuerpo. Por tener aquellos ojos pegaitos á los míos, habría yo dao toa mi sangre.

«Pues bien, aquellos ojos me decían que me querían. Para un hombre tan agradecido como yo, era aquel decir dichoso un galardón que merecía extremá recompensa. Así es que yo me apliqué con los toros, y, dicho sea sin jactancia, llegué á ser un torero completo.

«Lo mismo recibía aplausos con el capote en los quites, que ponía banderillas como quien borda en raso. Pero, en la zuerte suprema, en hacer doblar al toro ante mi persona, era en lo que más me esmeraba. Fuera habilidad, fuera fortuna, para mí no había toro malo.

«Dándole á cada uno la faena que requeria, reformándolo

lo y mejorándolo después con la muleta, cada estocáa mía hacia polvo al enemigo.

«Marchaban mis venturas á pedir de boca. Pero ¿se puede ser feliz mucho tiempo en este mundo? Mentira. Me salió un rival en too; en el amor y en los toros. De un pueblecillo de la provincia vino un muchacho, que era paizano de la Paulina.

«Era un mozo bien plantao, no lo quiero negar, con una cabeza que respiraba inteligencia y unos ojos mataores; bien vestío, gracioso en el hablar, alegre como unas castañuelas, gran tocao de guitarra, sin igual pa animar una juerga, no es

de extrañar que toas las muchachas se muriesen por sus peazos, pero, pero no ze crea por ezo que fuese manco.

«Yo le eché el ojo en zeguía y comprendí que como torero prometía ser un segundo Cúcharas, ¡, zobre to, ¡qué amor al arte!

«Yo lo conocí en su casa. Ví sus aficiones al arte, y le dí las primeras enseñanzas. ¿Cómo me lo agradeció? Haciéndole el amor á mi mujercita. Yo no sé si ella le correspondió, ó si se llevaba un doble juego.

«Es el caso que Paulina empezó á mostrarse fria conmigo, y muy cariñosa con el otro. Yo me puse hecho un demonio, y no volví más á casa de aquella perra.

«Y, ¡bendito sea Dios!, cobré un odio feroz al muchacho.

«Para tentarme más la paciencia, el muchacho logró torear conmigo, una misma tarde, en que yo había de darle la alternativa, como más antiguo.

«Tragué saliva, y empezó la función. Yo pedía á toos los santos, tan achicharrá tenía yo el alma, que tuviera una cogida gorda mi rival. Y todavía se aumentaron mis malas intenciones cuando divisé á Paulina en un tendio, y que no quitaba ojo del muchacho.

«Toché al novato un toro, que ni hecho de encargo. Paecía que el demonio me había oído. Con los pitones como dos agujas, de muchas piernas, sin nobleza ninguna, revolviéndose como una lagartija, acosón, pegándose más que la cola de carpintero, recargando en varas, ganando terreno en banderillas, llegó á la zuerte suprema con más ciencia y sentío que un antiguo estudiante de Salamanca.

«Me alegré, lo juro, me alegré del caso. Luego hacía un poquito de viento, y los capotes de lidia que



traíamos eran cortos y ligeros, de suerte que casi siempre se estaba al descubierto. Le presentó, pues, la muleta.

»El cornúpeto se colaba, y remataba en el bulto, y además, se tapaba, sin que se el hiciera humillar ningún muletazo en el mismo hocico. En uno de estos lances, desarmó á mi hombre, lo embrocó y arrolló, tumbándole en tierra.

»Yo estaba á la mira, como director de Plaza. Tenía el capote en la mano, pero me estuve quieto. En esto llegó hasta mí una voz que me gritaba:

»—¡Sálvalo, Antonio, sálvalo!

»Miré á un tendido. Era Paulina la que me hablaba. Entonces, otra voz escuché en mi interior, la voz del deber, y también la del orgullo.

»Y sin más reflexiones, acallando toos los odios que me pudrían hacía tiempo, me lancé como un relámpago al toro, le metí el capote, me lo llevé largo trecho; pero, siguiéndome él de cerca, en un lance me enganchó por las piernas, me volteó... y me dejó inútil para toa mi vida.»

Esto cuenta el tío Muletas. Hay quien cree que hay mucho de invención en sus proezas toreras, y no poco de envidia hacia su rival, hoy uno de los toreros más afamados.

Yo no me atrevo á juzgarle. Sé que, en este mundo, el que triunfa sólo es el grande, y se llama ruin, pequeño y envidioso al que sucumbe.

Yo me inclino á creer que el tío Muletas, más que inventa, se calla mucho. Hay que oír las últimas palabras con que remata su historia.

—Me veo así por ser honrao. Es verdad que en nuestro oficio, hay que serlo. En la Plaza no caben rencores. Yo no sé si en estos tiempos pensarán como yo toos los toreros. Pero, veo que la zuerte zuprema no es la que se da á los toros, sino la que tienen algunos espadas que toreaan cuando quieren, y como quieren y con los toros que quieren, y se retirarán á sus casas, sanos y ricos, y casaos con las mujeres de su gusto. Yo, por seguir mis buenos sentimientos, me quedé sin novia y con muletas.»

Tales son las filosofías á que suele entregarse el que se llamó un tiempo Antofito Peralte, y ciertamente conmueve oírle, siendo más grande ahora en su noble resignación que cuando hacía enloquecer de entusiasmo al gentío, con su inteligente y artístico trabajo. El buen hombre, por un exceso de delicadeza, no reprimina jamás á la bella ingrata, pero se sabe de ella, por otras bocas menos caballerosas que la del tío Muletas, algo de que hubiera debido alegrarse si hubiese tenido asiento en su corazón el odio.

Paulina, en efecto, tornadiza como una veleta había dejado plantificado á su paizano, como hiciera con Antofito, pero mal le hubo esta vez, pues así como con los dos primeros era reina y soberana emperatriz de sus corazones y de toda su existencia, el tercero salió un peje que se dejaba atrás á la cofradía en peso de la chulapería sevillana. Mucho debía acordarse de sus primeros amoriños cuando el *Aseiturero* la ponía el cuerpo hecho un cónclave por si no había sacado todo lo que él quería de sus frecuentes viajes á Peñaranda, mas de tal condición era la hembra que antes parecía agradecer aquellas caricias de su hombre, demostración del más apasionado amor, que no dolerse de ellas.

Á buen seguro que el tío Muletas sabe todo eso, pero se lo calla, que no es él de esos que se dejan llevar por el despecho, y quien sabe si en caso de reclamarle su socorro la infiel no la echaría asimismo un capote, como se lo había echado á su rival.

(Dibujo de F. Sánchez Covisa)

JOSE DE SILES



PERCANCES DEL OFICIO

Ayuntamiento de Madrid



BRINDANDO EL TORO

Ayuntamiento de Madrid



LA ENTRADA.—La multitud compuesta de hombres y mujeres acude hacia las puertas del circo con la alegría retratada en el rostro. Sobre la cornisa de la plaza ondean banderas y gallardetes, una música lanza al aire alegres notas, abanicos de todos colores parpadean sin tregua en todos los sitios de la plaza, muévase la ola humana de aquí para allá, y por sobre esa multitud inquieta, alegre, alborozada, ávida de emociones, por sobre el enorme anillo que recorta en círculo el firmamento, el sol esplendoroso y la gran bóveda azul, centelleante, inmóvil.

LA CUADRILLA.—El Presidente ha entrado en su palco. Agita su pañuelo, rompe de nuevo á tocar la música y la cuadrilla sale por la puerta del arrastre, abriendo la marcha dos alguaciles sobre blancos potros. El presidente echa la llave del toril á uno de los alguaciles; cambian los toreros las capas de paseo por los capotes de brega, entrega el alguacil la llave y se retira por la puerta de arrastre; suena un clarín, ábrese la puerta y un toro salta, que no sale, á la arena.



SALTO DE GARROCHA.—El bicho es berrendo en negro, astifino, bien criado hondo de libras y barre el suelo con la cola. Sale enterándose; mira á todos lados con sus ojos centelleantes y los ollares sanguinolentos.

De repente se adelanta un muchacho, vestido de perla y oro, con una larga garrocha en la mano hasta los medios del redondel. Cita á la fiera, arranca ésta, y cuando parece que va á cornear al chico, éste, ligero, hábil, sereno, apoyándose en la garrocha, salta por sobre el toro que, llevado de su impulso, no puede revolverse. El muchacho está sano y salvo. Estalla una salva de aplausos.

LAS PICAS.—Para parar los pies al bicho que es muy abando, el primer espada se abre de capa. El animal va hacia él. Con los pies clavados en el suelo, estirando los brazos, marca



la salida con el capote y de nuevo embiste el toro y otra vez con un valvén de capa el torero se despegó el bicho que, furioso, vuelve á la carga para ser burlado de nuevo; suena una de aplausos que enardece el aire y avanzan los piqueros sobre el cornúpeto que ya se ha calmado un tanto.



Al ver que tiene delante un enemigo armado con una larga puya, montado en un caballo, el bicho comprende que podrá medir sus fuerzas con el enemigo; se recoge un momento, escarba la arena, morquea las orejas, se retira unos pasos y luego, como el rayo, con impulso de alud cae sobre el picador, y éste y el caballo ruedan por el suelo incapaces de resistir el empuje formidable. El toro recarga, no se despegua de la carne palpitante que desgarran sus cuernos. El picador está en peligro. El matador se adelanta tranquilo y sonriente, lanza la capa á la cabeza del toro y se agarra con las dos manos á su cola. El animal, furioso, se revuelve; el picador está salvado. El diestro suelta á la fiera que con la cabeza baja se lanza sobre él; pero más ligero el hombre, salta la valla y denuevo queda burlada la res.

Sombreros, cigarros, palmas, premian la faena del torero. El toro va contra otro caballo que también cae al tremendo encontronazo. Cinco veces más entra al hierro y aunque sangra su lomo ha dejado cuatro cadáveres sobre la arena y le quedan aun arrestos para deshacerse de más enemigos. Pero ha recibido ya bastante castigo. El presidente agita de nuevo el moquero y empieza la suerte de

BANDERILLAS.—Dos chicos toman los pares. Uno de ellos se adelanta, cita desde lejos, y cuando el toro se arranca le deja llegar hasta dos palmos de él; entonces hurta el cuerpo y mete los brazos clavando los dos rehiltes que hacen mugir de ira y dolor al toro.

El otro banderillero avanza á su vez, y como el toro está ya receloso, no puede sino poner los palitroques al revuelo de un capote. El primer chico, que ya estaba preparado, cuádrase, cita, y

antes que el toro, que va ciego de rabia por el segundo par, haya podido adivinar la intención, ya tiene el tercero y último.

LA MUERTE.

—El primer espada deja la capa, toma esto que y muleta, va hasta la presidencia, quita se la montera, brinda á la autoridad lamuete del toro, tira con gracia la montera dando media vuelta, y tranquilo con paso firme y reposado, va hasta donde los capeadores han inmovilizado al cornúpeto; á seis pasos despliega la flámula y, moviendo muy poco los pies, empieza á pasar. Está aun engallado el toro, pero cuatro pasos por bajo le arreglan la cabeza; dos de pecho y tres de cabeza á rabo inmovilizan al toro. Lía la flámula el espada y se perfila; luego con rapidez y precisión, se precipita hacia el toro hundiéndole el estoque en la misma cruz, hasta la bola. El bruto permanece quieto al sentir la muerte que le ha partido el corazón. El espada se cruza de brazos ante el bicho y espera medio minuto. De repente aquella fiera espantable se desploma á los pies del diestro, muerta; no necesita puntilla.

ARRASTRE.—Tres mulas cargadas de cascabeles y de rojas bellotas y cintajos, guiadas por los chulos, aparecen en el ruedo; con una cuerda y unos ganchos arrastran los caballos que el toro dejó sin vida y los llevan al *spoliarium*. Después enganchan á su vez al toro, al que saludan con palmas los espectadores, por su valentía.

A. RIERA





¡BRONCA EN EL 3!

—Asíéntense ustedes que no es nada, cuatro pinchazos más y un descabello, otro segundo aviso del usía y el toro que se muere ya de viejo.
 ¡Márchese usted á Sevilla, mamarracho!, que así no matan en jamás los diestros, que cobran cuatro mil por cá corria y presumen de guapos y de píritos.
 ¡Aprenda usted á matar! ¡So sirvengenza! y en vez de figurar entre los güenos figura usted en corrias de novillos como usted comprende, es lo derecho pa empezar como empiezan los que empiezan, y pa ganarse á pulso los dineros.
 —Amigo, ¿ya usted á estar toda la tarde con el mismo discurso?
 —¿Va ese reto conmigo?

—Si, señor, pues me parece que no está usted hablando en el Congreso, y habrá aquí espetadores, como menda, que padescan del timpano.

—¡Lo siento!
 —¡Pues, hemos terminao!
 —¡Punto redondo!

Salus, y que se alivien los enfermos.

—¡Vaya usted al toro! ¡Meta usted la vara!
 —¿Otra vez?

—¡Otra vez, y veinte y cientol
 20 es que voy á estar yo porque usted quiera en la plaza lo mismo que en el templo?
 —Eas palabras son impertinentes, y entiendo usted de toros mucho menos que un grillo.

—¡Usted me faltó!
 —¡Yo le sobre Fuentes mata mejor que el Algabeño, y usted es un ignorante.

—Y usted un titere.
 —¡Señores, que haiga un poco de silencio, que no se ve!

—Me estaba ya cansando con su charla ese tío, y me ha revuelto el sistema nervioso!
 —¿Y ese pase

qué le parece á usted?
 —Mistó, no quiero

discutir con tabiques, á escotes; ese pase que ha dao ahora ese diestro no lo daba mejor el rey Chinita, si el rey Chinita hubiese sido torero.

—¿Es usted por casual algo mijoje?

—¡Un poco!

—Pa comprarle unos gemelos, porque pa mí que usted no ve las cosas como se deben ver, en su terreno; con un toro que humilla no se debe dar pases en redondo, caballero, porque hay que levantarle la cabeza.

—Y á usted hay que levantarle, por mastuerzo, un chichén en la idem.

—¡Con qué cara?

—¡Con la que Dios me ha dao!
 —¿Es verdaz eso?
 —Pa que le coste á usted, lo que yo digo es de veras, ¡en broma, el evangelio, y á usted le pego yo.

—¡Mentira!
 —¡Toma!

—¡Morrall!
 —¡So sirvengenza!

—¡Fralcienorio!

—¡Socorro!
 —¡Que se matan!

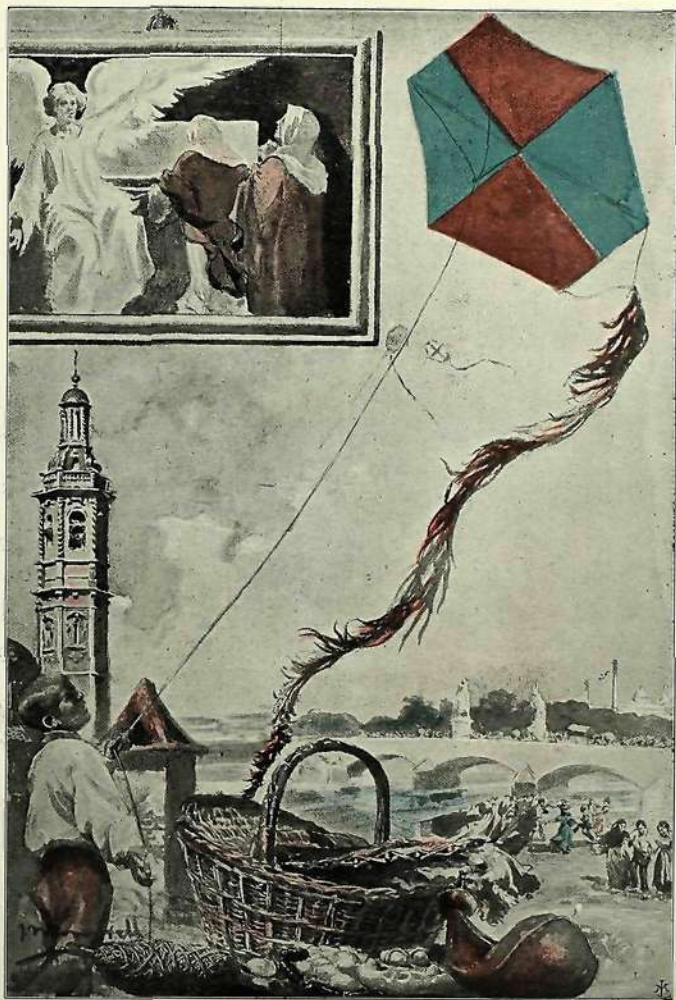
—¡Guardias!
 —¡Sepárralos!

—¡Bronca en el tres!

—Y los cabestros que se llevan al toro, y el delirio de insultos, golpes, pitos y epítetos.

ANTONIO CASERO





ALEGORIA DE PASCUA DE RESURRECCION

(Dibujo de Mongrell)

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid